

MS 385
1191/1264

EL INGENIO DE LA ESCALERA

Es una buena práctica la de los prófugos políticos que mandan cartas al Gobierno por intermedio de la prensa.

En tiempos del señor Ibañez, no se podía hacer esto, porque las cosas estaban arregladas en tal forma, que si uno echaba una carta al correo, cualquiera que fuera su destinatario, la recibía indefectiblemente ^{don} Ventura Haturana.

El ingenioso procedimiento, además de dejar sin defensa al prófugo, privaba al Gobierno de sus luces en la solución de los problemas nacionales.

Con criterio más amplio, el régimen civil, aún en estado de sitio, permite la publicación de esas esquelas.

Gracias a esta libertad, el público ha podido conocer las impresiones del señor Merino Benítez, sus nuevos ideales políticos, su evolución democrática y sus planes de salvación nacional.

Por de pronto, se sabe que el señor Merino ha renunciado al ibañismo:

"No soy "fetichista" por un hombre - dice; aún más, creo que Ibañez ya no debe volver y que hay hombres civiles mejores que él para gobernar la República. ¡Yo trabajo por eso, Excelentísimo señor!"

Sin duda, este retorno al civilismo es un consuelo. Alarmaba un poco a la opinión la vuelta del señor Ibañez, porque si, en cuatro años de gobierno, logró endeudar al país hasta dejarnos sin crédito en el extranjero y con el cambio a la mitad, con unos cuantos años más, nos elimina del planeta.



Otra evolución notable producida en el espíritu del señor Merino, es su amor por el pueblo.

El, que durante la administración Ibáñez, aceptó sin protesta las deportaciones de obreros a Juan Fernández, la supresión del derecho de huelga, la organización de la Cosach con su cortejo de cesantes, los opulentos viajes de turismo, y la acumulación de sueldos y automóviles en los favoritos de la dictadura, vierte ahora tiernas lágrimas al encontrar en los caminos, ganando sólo un modesto jornal, a las víctimas del régimen al cual sirvió con tan ciego entusiasmo.

Porque no hay recuerdo de que nunca el señor Merino mandara la más mínima carta de censura al señor Ibáñez, mientras éste repartía entre una casta privilegiada el presupuesto, asociaba el Estado con los señores Guggenheim, entregaba el país a los capitalistas extranjeros y perseguía a los obreros que no se dejaban reducir o amedrentar.

Jamás publicó entonces el señor Merino una carta a su amigo, don Carlo Ibáñez, en la cual le dijera, como hoy al señor Montero:

"El carácter de reacción oligárquica que le fué impreso a su Gobierno, su alianza con el capital nacional y norteamericano, su obvido de los intereses de la clase proletaria, etc., hicieron nacer, lógicamente, en mi conciencia ciudadana, el deseo de mover la opinión contra el régimen de S.E."

El feliz cambio operado en el espíritu del señor Merino, desde que no goza del favor oficial, hace abrigar las mejores esperanzas respecto a su abnegación y su civismo.

Nadie puede ser partidario del estado de sitio; pero cuando se vé a un hombre, hasta ayer mudo y complaciente ante los errores de una dictadura, convertirse de súbito en un fiscalizador, ¡caramba! hay que convenir en que el Estado de sitio ofrece, a lo menos, sus compensaciones.....

Sin él, quizás nunca habiéramos leído una carta del ex-jefe de aviación, tan impregnada de civilismo y democracia, en defensa de las libertades públicas.

El ardor de neófito con que el señor Merino Benitez, defiende las garantías constitucionales y el mejoramiento de las condiciones del proletariado, lo hace, acaso, incurrir en exageraciones.

"Por eso, Excelencia, -dice - por temor a las medidas policiales de su Gobierno, es que me alejo de los míos y debo esconderme como un malhechor vulgar".

Si el señor Merino hubiera seguido con cierta atención la marcha del Gobierno del señor Ibáñez, habría visto que no eran, precisamente, los malhechores vulgares los que tenían que ocultarse. Estaban generalmente en el Gobierno.

Si en esta administración, se le persigue, sin tener culpa sobre su conciencia, debe ser por un error. Hay que ver que las ideas libertarias y civilistas del señor Merino, eran poco conocidas. Sus declaraciones anteriores le habían hecho pasar por ibañista resuelto a conspirar. Algún soplón sobreviviente del antiguo régimen, le ha visto en reuniones sospechosas y ha llevado el soplo... Pero, si el señor Merino no ha pretendido alterar el orden público, ni atentar contra el Gobierno constitucional, no tiene por qué temer que se le mire como un vulgar malhechor.

Exagera, también, cuando, obsecado por su súbito amor a los desheredados, escribe al señor Montero:

"En mi andanza aventurera suelo tropezar con seres que no despiertan la atención de su Gobierno: son los pobres, los humildes, los que forman la médula de nuestra raza, que mueren hoy por montones, de hambre y frío".

El señor Merino fecha su carta "en el aire" - ¿Quién no está un poco en el aire en estos tiempos de crisis y privaciones? - y de ahí que no se sepa exactamente en qué punto del territorio nacional, tiene lugar esta macabra escena que le era tocado presenciar al prófugo.

¡Cuánto habrá lamentado ahora el señor Merino Benítez, lo que el régimen pasado gastó en enviarlo a Europa! Con la mitad de ese dinero, ¡cuántas de estas defunciones en masa, tan sólo vistas por el señor Merino en sus andanzas, se habrían evitado!

Porque lo más grave del caso es que sólo él ha visto esos horrores.

El Gobierno del señor Montero, arbitrando dinero donde nada había, ha conseguido reunir ciento cincuenta millones para impedir la cesantía y mal que mal, lo ha logrado.

Si el señor Merino ha hallado en el territorio un solo rincón en que la gente muere por montones, de hambre y frío, debiera anticiparse a señalarlo.

De otro modo es expuesto que, con ese dato, el Gobierno por buscar el sitio trágico, dé con la pista del señor Merino.

Y sería lamentable. Nadie puede tener interés en aprehender a un hombre tan amante de la libertad, tan civilista, tan buen fiscalizador, y, sobre todo, tan eficaz cooperador de la acción gubernativa.

Porque hay que hacer notar, que desde hace pocos días, el señor Merino Benítez ha encontrado una solución para salvar el país, cosa que no se le ocurrió en los cuatro años del pasado régimen.

Honradamente la ha comunicado al señor Montero.

Se trata de que todos los chilenos, "convencidos ya de su inutilidad para defender los intereses de la nación, lleven al Gobierno a hombres dinámicos que sientan estremecerse su ser ante la injusticia social del régimen en que vivimos, que sientan vibrar su espíritu contra los pro-

blemas que afectan a la colectividad nuestra, tan digna de mejor suerte; que no obren por odios o pasiones mezquinas, sino, atentos siempre, obsesionados por el interés de los más que son los humildes, que son la Patria".

Según se ve, la solución no puede ser más nueva.

¿Cómo no se le había ocurrido antes al señor Merino?

Los franceses tienen una frase para expresar esa idea súbita, esa respuesta genial, no pronunciada, que surge en el individuo cinco minutos después de haber salido de la casa, con la cola entre las piernas entre las burlas de la concurrencia. A esa ocurrencia inédita, luminosa y definitiva, la llaman el "ingenio de la escalera".

Al señor Merino, junto con bajar al último peldaño de las escalinatas del poder, se le ha ocurrido también la idea salvadora: "que vayan al Gobierno hombres dinámicos, que hagan la dióga del país".

~~Es una idea notable y, seguramente, él mismo se lamenta de no haberla puesto en práctica cuando estaba arriba; pero, ¡qué demonios! el "ingenio de la escalera" sólo viene cuando se llega al último peldaño!~~

~~27 de Abril de 1932~~

Ya otros hombres muy dinámicos lo habían dejado como chupa de dómine; mas, el señor Merino quiere que se repita la experiencia.

Es una idea notable y, seguramente, él mismo se lamenta de no haberla puesto en práctica cuando estaba arriba; pero ¡qué demonios! el "ingenio de la escalera" sólo viene cuando se llega al últimos peldaño!

27 de Abril de 1932